

MIGRACIONES CLANDESTINAS.
UNA ETNOGRAFÍA DEL TRANSITO POR MÉXICO

Joselin Barja Coria

RESUMEN

La matanza de 72 migrantes indocumentados en San Fernando Tamaulipas colocó el tema de la migración indocumentada por México y sus violencias consustanciales en la escena pública a nivel nacional e internacional. Un tema poco estudiado requiere ser abordado desde la experiencia de sus protagonistas para poder comprender cual es el espacio donde convergen los sueños y expectativas con los referentes colectivos de riesgo y muerte de las rutas migratorias. Con base en una experiencia etnográfica en tres casas de migrantes se construye un argumento explicativo sobre la liminalidad de esta experiencia como espacio material y simbólico en que armonizan la proyección idealizada del sueño americano con la vivencia directa de múltiples violencias y sobre el papel de éstas en la construcción de subjetividades.

Palabras clave: *migración en tránsito, migración clandestina, violencia, experiencia, subjetividad, liminalidad*

ABSTRACT

Seventy-two bodies of immigrants discovered at a ranch in San Fernando Tamaulipas draw national and international attention on the violence faced by undocumented migrants making their way to the United States. Theorizing and research on the topic has just recently been conducted and requires the attempt to develop empirical data from the migrants' point of view to understand where dreams and expectations join risk and death collective representations of the transit journeys. Drawing on my ethnographic fieldwork in three shelters in Mexico, I argue liminality as the material

and symbolic place to blend the American dream as the driver of the ideal self-projection and the experience of living violence and its role in subjectivity formation.

Keywords: *transit migration, clandestine migration, violence, experience, subjectivity liminality.*

La violencia que viven las aproximadamente 400 mil personas migrantes indocumentadas que cruzan al año por México rumbo a los Estados Unidos de América en búsqueda de alcanzar el sueño americano¹ no es un tema nuevo pero si cada vez mas alarmante por la expansión de territorios en que están ocurriendo estas violencias y por la crueldad que las caracteriza. Secuestros, desapariciones, violaciones y abuso sexual, trata de personas, explotación y cooptación para el negocio del narcotráfico se han añadido a la lista de agresiones como robos, extorsiones y corretizas que solían caracterizar la experiencia migratoria del tránsito indocumentado por México.

Este escenario inserto en una entorno de mayor escala de violencias emergentes en México, ha tenido resonancia a nivel internacional y se considera una *tragedia humanitaria* que sigue reproduciéndose en un ambiente de criminalidad e impunidad y a la fecha arroja datos de alrededor de 45,000 víctimas muertas o desaparecidas de origen mexicano y extranjero, como resultado de la estrategia de ofensiva contra el tráfico de drogas en nuestro país².

Resulta apremiante su estudio, pues adicionalmente hay otros eventos que están modificando el contexto político, social y cultural en que ocurren las migraciones en este país.

1) Desarrollo de políticas migratorias con enfoque en seguridad nacional en detrimento de la seguridad humana que gradualmente han endurecido el acceso territorial al tiempo que fortalecen sistemas de vigilancia y control sofisticados, en

concordancia a un esquema regional estratégicamente planificado con intereses de seguridad internacional tras los hechos del 11 de Septiembre del 2011; 2) *la incorporación de la mercantilización de los cuerpos a la industria del tráfico transnacional*, una fuente jugosa de ganancias que se potencializó en el último sexenio con las estrategias militares de la llamada “guerra contra el narcotráfico” en México, la disputa territorial entre cárteles del narco y la expansión del control de *los Zetas*³ en la ruta costera del golfo y su incursión en la industria de las migraciones clandestinas; 3) *la incorporación progresiva del discurso ‘proderechos’ humanos en las instituciones estatales y su falta de correspondencia en una disminución de violaciones en derechos humanos* pues pese a que México ha buscado estandarizar su normativa jurídica con los lineamientos de Derecho Internacional mediante modificaciones para generar cambios en las políticas públicas que garanticen la protección de los migrantes, los riesgos de la vivencia cotidiana del tránsito por México parecen seguirse agudizando; 3) *la amplificación de la figura mediática de “la bestia” en documentales, testimonios, notas de prensa y televisión* como el gran ente simbólico del que emanan todas las violencias sin rostro y su efecto en la construcción simbólica del espacio de tránsito como un lugar eminentemente violento e inseguro⁴; 4) *las estrategias de agencia de quienes transitan en la clandestinidad son minimizadas a la luz pública* como efecto del discurso mediático de la migración en tránsito que enfatiza en la nota roja y la figura del migrante víctima, en especial el que viaja sobre “la bestia”, poco se habla de las prácticas autónomas de reivindicación de quienes transitan y de otras violencias concurrentes a las del tren.

Entre estas coyunturas, existe una multivocalidad en los discursos sobre las personas migrantes en tránsito y la violencia. Es necesario incluir la voz de los protagonistas para la construcción de políticas con enfoque de seguridad humana.

Partimos de la idea de que la migración es un movimiento personal, político y subjetivo; en la movilidad humana no solo migran masas de personas como respuesta a fuerzas estructurales que generan condiciones de precariedad que forzan la salida ya sea por motivos políticos o económicos, en las migraciones ocurre también un tránsito de subjetividades, un desplazamiento identitario que se gesta en diversos momentos y al que se ha dado poco interés durante el evento geográfico y temporal del tránsito.

Este documento presenta un argumento explicativo sobre la *liminalidad* de la experiencia de tránsito como lugar material y simbólico en que armonizan la proyección idealizada del sueño americano con la vivencia directa de múltiples violencias y el papel de éstas en la construcción de subjetividades.

Estas reflexiones son resultado de una etnografía multi-situada en tres localidades de las rutas de tránsito indocumentado por México elaborada entre septiembre de 2013 y abril de 2014. El objetivo fue desarrollar una doble cartografía geográfica y simbólica que a través de narrativas y trabajo de campo llevara a la interpretación de las vivencias de tránsito desde la voz de sus protagonistas. Un acercamiento a la *construcción de la experiencia subjetiva del viaje de tránsito clandestino en espacios socialmente representados por referentes de riesgo y muerte*, razón por la cual la noción de experiencia subjetiva fue el nódulo articulador de lo político en lo personal, la convergencia de los universos culturales de sentidos que explican el mundo vivido y las relaciones sociales en que los primeros se forjan ante las actuales condiciones materiales, sociales e históricas que producen las violencias en los trayectos de tránsito y el potencial de los sujetos de transformar la historia mediante nuevas formas de vivir esta experiencia y posicionarse ante ella.

Los lugares elegidos para llevar a cabo el trabajo de campo fueron las casas de migrantes *La 72 hogar refugio para personas migrantes* en Tenosique, Tabasco, *el*

Albergue Decanal Guadalupano en Tierra Blanca, Veracruz, y la Casa del Migrante de Saltillo en Coahuila.

Para el seguimiento del proyecto se construyó un andamiaje de tres preguntas que orientan los principales hallazgos: ¿qué relaciones sociales y tramas de significado, valores, afectos, emociones, fantasías, deseos y voluntades caracterizan los relatos de tránsito clandestino en contextos de violencias múltiples?, ¿de que formas la violencia configura las subjetividades de las personas migrantes y simultáneamente es configurada por sus actores?, ¿qué bienes y recursos materiales y simbólicos entran en disputa en un evento que se caracteriza por ser liminal?

EL TRANSITO CLANDESTINO COMO EXPERIENCIA LIMINAL

“Es como un malabarista, cuando pasa por una cuerda, el malabarista tiene que balancearse pero no puede, tiene que llevarse una barra para balancearse pero no mira para abajo, no tiene porque mirar para abajo, tenemos que ver para enfrente, sólo para enfrente para pasar hasta el límite de esa cuerda, si nos caemos levantémonos, no nos caigamos”.

(hombre hondureño, 26 años, 14 de enero de 2014)

Transitar en la clandestinidad es transitar en el limbo, una experiencia liminal que en antropología nos remite a al tema de los procesos rituales.

Se puede enmarcar como un proceso ritual contemporáneo si consideramos, que los actos rituales pueden ser tanto religiosos como seculares, y lo que les caracteriza es el conjunto de actos formalizados portadores de una dimensión simbólica, configurados en espacio y tiempo, que hace uso de comportamientos y lenguaje reconocidos por un grupo y por lo tanto mantiene una dimensión colectiva, marca rupturas individuales y sociales por el tránsito que representa de un estado a otro y tiene una eficacia social (Segalen, 1998:30).

Además de ritual contemporáneo podemos equipararle con los ritos de paso, esos momentos ceremoniales que marcan el cruce de límites entre una categoría social y otra (Leach, 1978: 49 citado en Molina, 1998:29) que dan acceso al disfrute del nuevo estatus institucionalizado condición necesaria para que la gente crea en la eficacia simbólica de un ritual (Bourdieu, 1982: 213).

Arnold Van Gennep (1909: 25) fue el folclorista pionero en el estudio de los rituales como procesos que dotó de un carácter explicativo a la transición de las etapas a partir de tres momentos: separación, margen y agregación. Una separación de un estatus previo, una etapa de marginalidad e incertidumbre y un momento de reincorporación donde la persona no será ya la misma, sino que accederá a un estatus diferente con un nuevo capital simbólico.

La experiencia de tránsito conformaría ese momento intermedio de carácter marginal entre una vida pasada dentro de una comunidad de origen con sus referentes culturales y un futuro aspiracional dentro de otra comunidad en la que el sujeto se posiciona imaginariamente desde el presente y en forma idealizada ante los otros, los de la comunidad de origen, los de la comunidad de arriba, y frente a sí mismo, un ejercicio de construcción de alteridad y modificación identitaria.

La eficacia simbólica de la experiencia de tránsito en contextos de violencia esta trazada por el significado de haber vivido el cruce de fronteras en medio la adversidad, entre códigos comunes del colectivo migrante, que los llevan a reconocerse ante si y ante los otros como una persona distinta: <Ya no soy la misma, nunca voy a serlo> menciona una chica hondureña después de 20 días de viaje, <En el camino tuvimos hambre, sueño, frío, fue algo dificultoso pero estamos a un pequeño brinco de mirar el sueño que tenemos en mente> afirma un joven guatemalteco en una charla con sus compañeros que comparten unos días de estancia en la Casa de Saltillo.

Esa etapa en que se ha dejado el grupo de origen para transitar al nuevo estado que se consumará a través de la figura del emigrante, experimenta lo marginal o *liminal* - en términos de Turner - en la experiencia del viaje de tránsito clandestino⁵ y no puede comprenderse como un momento aislado sino sólo en referencia a un antes y un después. La categoría identitaria de emigrante inicia cuando se deja el país de origen aunque se institucionaliza ante los ojos del resto cuando se ha logrado llegar a Estados Unidos e insertarse en alguna comunidad.

La persona que entra a la categoría emigrante, vive una forma de existencia que jamás será la misma, migrar no es sólo una opción de vida sino una práctica histórica en las sociedades latinas, migrar tiene una fuerte carga simbólica de reconocimiento social para todos aquellos que tienen familiares y amigos que han logrado “llegar al otro lado y hacerse de algo”. Y para lograr “hacerse de algo” existe un *inter* (*in-between*), el de la experiencia de tránsito, no se está en el país propio pero tampoco en el idealizado, no se es lo que se era pero tampoco se ha alcanzado ese estado identitario que se aspira a ser; sin embargo, algo está naciendo en el *inter*.

Cuando Turner desarrollo la idea de un estado de *liminalidad* en todo ritual, buscaba ampliar la propuesta de ritos de paso de Arnold van Gennep. Turner suponía que entre la etapa de separación de un grupo y la de agregación a un nuevo estado, las personas vivían una etapa intermedia, “un *limen* entre el pasado estructural y el futuro estructural anticipado por el control normativo de las normas sociales y el desarrollo biológico” (1986: 42). La *liminalidad* se caracterizaría por ser no estructurada ni racional sino un espacio de posibilidades, hipótesis, fantasías, deseos y conjeturas. Si la vida ordinaria esta definida por la expectativa de invariabilidad en las operaciones del sentido común, la racionalidad, la causa y el efecto, la *liminalidad* representaría por el contrario, un espacio de caos fructífero de posibilidades, un proceso de gestación para la existencia

post-liminal (ibíd.). Esto en parte explicaría que en el nivel subjetivo, pese a las adversidades y riesgos circundantes, ocurran paralelamente la renovación de fantasías que sostienen la convicción de que pese a circular en espacios impregnados por destrucción y muerte, se puede ser inmune y lograr “llegar al otro lado”.

La liminalidad que describió Turner condensa varias especificaciones que vale la pena rescatar por ser adaptables a la experiencia de tránsito: conduce a la idea de oscuridad, invisibilidad y anonimato de quienes están en el tránsito entre un estado y otro; se constituye por atributos ambiguos pues las personas escapan de los sistemas clasificatorios culturales, dispuestos por las leyes y costumbre; estas a su vez parecen entrar en una especie de suspensión, que como ocurre en los sistemas religiosos por las leyes de parentesco, en los seculares se rigen por lo jurídico (Turner, 1986: 46-48).

Existe un reconocimiento fugaz de un vínculo social generalizado entre quienes transitan de un punto de separación de un grupo o estado previo hacia la adscripción a un nuevo grupo o estado (Turner, 1974: 102). En este caso, el vínculo fugaz colectivo aparece por una formación de *communitas*, “una antiestructura social que es un lazo que une a la gente por encima de cualquier lazo social formal” (ibíd: 56) que genera solidaridad y cohesión social entre desconocidos que van uniéndose en camaradería y que por sus características es de tipo anti-estructural porque surge en aquellos espacios que han perdido el orden estructural convencional.

Las recientes caravanas del 17 y 30 de abril organizadas por migrantes que decidieron dejar la clandestinidad tras el impedimento de tomar el tren y buscaron llegar a pie desde Tenosique hasta la frontera norte son un ejemplo de estas formaciones. La creación de *communitas* es una alternativa protectora que emerge en los espacios marginales simbólicos y materiales.

No obstante, las caravanas de tránsito público son experiencias emergentes y no forman parte de la experiencia habitual del tránsito irregular en espacios clandestinos. La liminalidad está presente en la suspensión de los sistemas jurídicos que al pronunciarse leyes migratorias cada vez más restrictivas generan condiciones para que las migraciones indocumentadas ocurran entre márgenes, los sujetos que penetran la porosidad fronteriza lo pueden hacer sólo a través de espacios aparentemente olvidados, precarios o marginales. Si lo que caracteriza al Estado es el orden sobre su territorialización, lo que miramos en estos márgenes es que las racionalidades administrativas o jurídicas se han roto y reorganizado de forma distinta.

La reorganización de relaciones que en estos espacios se fabrican ocurre entre la disputa de violencias estatales (legítimas) y violencias que desafían la figura del Estado (no legítimas) y que van definiendo constantemente formas de ley o regulación alternativas, no convencionales que emanan de las necesidades apremiantes de las poblaciones con la finalidad de garantizar su sobrevivencia política y económica (Das y Pole, 2008: 24)

Un ejemplo de esta lógica invertida a los supuestos en los que las instituciones deberían operar se hace presente cuando el pase que es válido para continuar transitando no es la visa migratoria sino la cantidad de billetes que se puedan ofrecer a los agentes encargados del control migratorio para que permitan la continuidad del viaje: <Nos paraban en las combis, nos bajaban por ser ilegales, nos metían atrás del camión, nos decían ‘órale, móchate, móchate con el billete, ¿cuántos son? Tienen que darme tanto’ entonces ya se juntaba la lana y si no juntábamos la lana pues los que no ponían lana se quedaban y los que pusieron lana pues seguían adelante> relata un nicaragüense en Tierra Blanca.

Es así como entrar a la liminalidad significa encontrar otro mundo, una lógica invertida, formas distintas de mirar las cosas, desconexión con la vida cotidiana pues el poder de

la vida social estructurada como se conocía se ha roto y tal desconfiguración del orden conforma espacios afectivos contradictorios.

El hecho de ser extranjeros de paso, en un trayecto con sentido pero sin membresía territorial, hace factible que se encuentren con un sentimiento de desprotección más intenso ante las violencias circundantes, teniendo que desarrollar prácticas alternativas que les sirven como protección y les ayudan a mantener las posibilidades de su proyecto migratorio aunque dichas prácticas no siempre sean las que armonizan con su sistema convencional de valores.

La narración de un joven hondureño que llegó a la casa de migrante de Tierra Blanca impactado por la muerte de uno de sus amigos de barrio con quien emprendió la travesía es gráfica al respecto <iba a comenzar a andar el tren y empezó a jalar, nosotros veníamos arriba, en eso se oyó algo que reventó bien fuerte y venía así girando rapidísimo, como un gran alambre, y sólo vimos como le pegó al otro que venía con nosotros y ahí quedó bien muerto, y yo quería regresar por el y el tren seguía y seguía, y ya después yo lo veía en vivo enfrente de mi, me decía ‘ no me dejen morir aquí’ y así, yo no podía dormir, tenía pesadillas>. En medio de un discurso desestructurado al relatar la experiencia que había vivido un mes atrás, la estética del testimonio aparece, el chico teatraliza la vivencia con el resto de sus compañeros intentando dar un orden para el que las palabras no alcanzan. Haber dejado a su compañero constituía un acto fuera de su esquema de valores comunes.

Así como esta experiencia, hay otras tantas que en otro contexto las personas probablemente no efectuarían, trabajar para coyotes, recibir ofertas como sicarios, convertirse en enganchadores, prostituirse para no pagar la cuota de cruce de frontera, convertirse en la pareja sexual del guía o extorsionador.

La experiencia de tránsito es *liminal o marginal* en dos sentidos, en el espacio geográfico y político pues ocurre en los intersticios de los espacios donde la organización convencional del Estado a través de dispositivos jurídicos y la aplicación legal de la violencia no están operando, es decir, ocurre en áreas de condensación de poder ilegítimo de actores ambiguos que se disputan el control e imponen formas organizativas alternas, no necesariamente al margen de las figuras estatales; y en el espacio simbólico y subjetivo pues se experimenta un estado de limbo existencial en el que el orden habitual de las cosas no existe y el caos entre la vida imaginada y la realidad confrontada generan constantemente modificaciones al proyecto migratorio.

Durante el tránsito no existe la posibilidad, al menos en la imaginación, de que lograr el cruce confronte a las personas a otros panoramas donde la realidad vivida poco o nada tenga que ver con la realidad soñada. El sueño americano y los sueños rotos no existen en el imaginario en el momento de la liminalidad de tránsito.

La liminalidad es anti-estructura con respecto a la organización de los marcos lógicos convencionales pero es a su vez una forma de organización del “sin sentido” que por ser ambigua, oscura y caótica, permite la coexistencia de ley y ausencia de ley, temores e ilusiones, dolor y esperanza, rencor y empatía, es un estado que en su carácter fugaz ofrece también un potencial esperanzador de hacer asequibles los sueños pese a la adversidad confrontada. Un estado que Turner consideraba como fuente de creatividad, mitos, símbolos, rituales y sistemas filosóficos que constituyen reclasificaciones periódicas de la realidad y de su relación con la sociedad (Turner, 1986:42).

En este reino fructífero de posibilidades imaginarias, sueños y conjeturas, el juego entre vida y muerte de la experiencia de tránsito adquiere sentido.

LA VIOLENCIA COMO CONFIGURADORA DE SUBJETIVIDADES

Las violencias que han marcado la historia de la humanidad son diversas en tiempo, intensidad y mecanismos de operación. En las historias migrantes atestiguamos vivencias de pobreza extrema, pandemias, mortalidad por desnutrición, violencia doméstica, violencia de género, agresión sexual, abandono, desempleo, subempleo en condiciones de explotación, persecuciones políticas, religiosas, desplazamiento y tortura, entre otras. Pero ¿quién se atrevería a dar una escala de valor a las aflicciones que estas violencias producen en la vida humana?

Hemos alcanzado tal nivel de mutabilidad y creatividad en lo que a la destrucción de la humanidad refiere, que las palabras no alcanzan para describir la sorpresa y el terror que produce escuchar o presenciar las maneras en que la violencia se metamorfosea y reconfigura a través de nuevas y múltiples expresiones. Quizá por ello, las clasificaciones conceptuales como violencia estructural, violencia política, violencia simbólica, violencia social, violencia extrema o violencia emergente abarcan mucho de estos procesos y a la vez parecen dejar siempre algo sin explicar.

Y es que más allá de un sistema clasificatorio entre violencias macrosociales, microsociales, abstractas o materiales, las violencias mencionadas conforman parte de un mismo proceso, el de la construcción de sujetos sociales. Sin embargo, aparecen nuevas nominalizaciones ante esa necesidad de incluir lo no dicho y el lenguaje sigue siendo insuficiente.

Por consiguiente, hablo en general de violencias múltiples, considerando que hay un poco de todas las violencias descritas entremezcladas en las experiencias migrantes de tránsito. En todo caso, en momentos se describe con mayor énfasis el orden social desigual que impide la autorrealización humana (violencia estructural); las agresiones directamente perpetradas por oficiales y autoridades para someter al otro (violencia

política); la internalización de la humillación o desigualdad por parte las víctimas y su inconsciente consentimiento hacia los dominados (violencia simbólica); la normalización de las brutalidades en el ámbito de la comunidad y la vida diaria (violencia cotidiana)⁶; el carácter irruptivo y sistemático de violencias como matanzas y secuestros que caracterizan el contexto mexicano de inseguridad y violencia en tiempos recientes (violencias emergentes)⁷; o las prácticas de crueldad exageradas que en un contexto de guerra, en este caso de tipo silenciosa, se ejercen sobre civiles y sobrepasan el propósito de apropiarse de un territorio pues destruyen el cuerpo del otros, lo envilecen y desfiguran para naturalizar su inferioridad (violencia extrema)⁸.

Lo que resulta particular de experiencia descrita es su carácter multiterritorial y circunscripción dentro de una geografía transnacional enmarcada por la cultura de terror, como denomina Taussig (1987) a las formas en que víctimas y victimarios se entremezclan y el poder se ejerce a través del ejercicio del terror, cuyo perpetrador es el Estado moderno. Las formas de operatividad de la cultura del terror son silenciosas, secretas, entre líneas, en medio de contradicciones entre la “historia oficial” y lo que ocurre en los terrenos. Caos y terror se disfrazan de normalidad en los espacios de la muerte y la vida cotidiana (Schepper-Hughes y Bourgois, 1994: 17).

Esta normalidad en parte explicaría porque para alcanzar el sueño americano es condición preliminar participar de esta cultura de violencia y terror del tránsito clandestino. Se sabe de las violencias que circundan los espacios pues en el tránsito se inscribe una “topografía de la muerte (...) las maneras de nombrar o las referencias de la muerte inscritas o los escenarios donde ella se produce (...)” (Blair, 2002a: 64) pero esto no es limitante para llevar a cabo el objetivo de “llegar al otro lado” .

Pareciese que existe una relación tránsito-violencia, similar a la muerte-ciudad de Blair (2002a: 62), en la cual, enfrentarse y ser víctima de vejaciones durante el trayecto, es

algo que se plantea en el futuro de cualquier potencial migrante y, que se encuentra inserto en el pasado de los migrantes que ya han hecho el recorrido. La violencia es pues, una posibilidad inexorable: <Desde el principio del camino nos dimos cuenta que regresaban personas sin piernas, los federales tenían que repatriar porque del tren se cae cuando uno viene cansado y con frío, así que quienes regresan siéntanse contentos de volver a su patria con el cuerpo entero> comenta un hombre salvadoreño en Saltillo.

Migrantes, policías, coyotes, trabajadores del tren, delincuentes, personas que brindan ayuda humanitaria, entre otros, se juegan en una lucha entre violencia, vida y muerte.

Las estrategias de sobrevivencia son múltiples y en ocasiones, no son las moralmente correctas. Parafraseando las situaciones extremas de sobrevivientes del holocausto y de inundaciones y hambrunas en Brasil, Schepper-Hughes y Bourgois afirman que a conciencia de los sobrevivientes, “Los buenos mueren jóvenes, la habilidad de sobrevivir un desastre natural o humano requiere ‘cualidades de vida’ y voluntad de sortear la muerte” (1994:11). En el caso de las migraciones insertas en topografías de muerte, podemos pensar en situaciones que van desde robar a un compañero y abandonarlo a mitad de camino hasta incorporarse a las filas del sicariato con la finalidad de sobrevivir a un secuestro.

Vemos en estos breves ejemplos como la violencia es, en efecto, un concepto resbaladizo, no-lineal, productivo, reproductivo y destructivo. Para su operatividad se yuxtaponen, violencias normativas u ordinarias de lo socialmente permitido o motivado como obligación o derecho social y violencias extremas que irrumpen sorpresivamente en el terreno de las relaciones humanas (ibíd.: 5) y para las migraciones clandestinas, los espacios marginales son un terreno muy fértil para su convergencia.

Una tarea indispensable para profundizar su estudio es ser cautelosos para no hacer documentación exclusiva del derramamiento de sangre y dolor, al que Bourgois llama

“pornografía de la violencia” y lograr penetrar en sus diversas ramificaciones en las relaciones cotidianas: “La normalización de la violencia interna en el contexto más general de la violencia política tiene sentido si la magnitud del dolor y el terror que causan la represión política es apreciado totalmente como una olla de presión que va generando violencia cotidiana mediante la distorsión sistemática de las relaciones y sensibilidades sociales” (2005: 23).

Secuestros de migrantes, desapariciones, caravanas de madres en búsqueda de sus hijos, matanzas y fosas con restos de cuerpos; todos estos elementos mortuorios son referentes de las geografías de la violencia de las rutas de tránsito. ¿Cómo llevar a cabo estudios que no incurran en el plano descriptivo de la nota roja del terror, se sumerjan en las violencias silenciosas o cotidianas, y a su vez tengan un potencial de denuncia sobre escenarios plagados de atrocidades en búsqueda de construir memoria histórica?.

Considero central para dar respuesta a este cuestionamiento que se nominalicen como *continuum de violencias* tanto en sus manifestaciones como en los lugares donde aparecen. Con ello hablamos de procesos que construyen subjetividades y no de variables que ocurren a la par de la experiencia humana. Asimismo, es necesario ubicar el carácter transestatal pues las violencias en las que ocurre el tránsito en México son una manifestación local de una lógica global capitalista que incluye y excluye sectores de sus poblaciones. Violencias que en sus diferentes manifestaciones y localidades forman la trama de las historias de vida de las personas y es necesario *desnaturalizar*.

<Cuando llegamos a Tierra Blanca, nos preguntaron si traíamos guía, y si teníamos familia que nos ayudara, le dije no, solo nos ayudaron con 100 dólares pero ya no más si usted quiere le doy los 100 dólares para pasar. No, dijo son 400 dólares por cada una de Coatzacoahuaco hasta el DF y le digo yo, ‘es que no tenemos dinero’ y dice el hombre ‘no se preocupe, ustedes dos andan solas’ nos llevo a comprar en un taxi pollo, fresco y yo dije, este es un secuestro y le digo a mi amiga ¿qué sentís? ¿No sentís miedo con este hombre? Y solas las dos con el hombre nos llevo donde él y nos metimos a un cuarto, ahí comimos, bueno yo no podía comer pero no nos dejaba encerradas ni cuidándonos y yo le decía a ella por ahí por ese cerco nos vamos, pero al mismo tiempo pensaba y si nos vamos y ¿alguien allá afuera nos agarra? después de dos noches nos avisó cuando

iba a salir el tren, nos pagó el taxi para que nos llevara y nos tenía un bote de agua, ya en Huehuetoca otro hombre nos dio comida, en esa casa donde llegaban un montón de guías con gente parece que pagaban 3000 dólares para llevarlos a Piedras Negras y luego a Houston. No eran gente mala, eran gente buena, ni querían ya que me viniera porque yo les lavaba los pisos y me había ganado su confianza>.

(mujer hondureña, 45 años, entrevista en Saltillo)

<A la edad de trece años, me acompañe con el papá de mis hijos. Ibamos por un camino como a dos kilómetros fuera y el empezó a quererme desnudar mi cuerpo pero yo no sabía que el tenía que desnudarme mi cuerpo, yo pensaba que solo era para poner tortillas y lavarle la ropa y darle de comer, no sabía que era para un uso sexual>

(mujer hondureña, 37 años, entrevista en Tenosique)

Las personas centroamericanas que hoy migran sin documentos han edificado su subjetividad en experiencias de abuso infantil, violencia doméstica, ataques sexuales, explotación laboral, desplazamientos por catástrofes naturales como el Huracán Mitch en 1998, huidas por pagos de renta, cooptación para formar parte de pandillas de maras, amenazas de narcotraficantes, segregación y discriminación por orientación sexual, conflictos post-guerra consecuencia de los embates centroamericanos de los años 80s, situaciones que han producido una ruptura del tejido social, en la que las violencias del tránsito son sólo un escenario adicional, con sus respectivos matices.

En estos entretejido relacionales se presta poca atención a las *pequeñas guerras y genocidios invisibles* de las que habla Schepper-Hughes, eventos que ocurren en tiempos de paz y “la facilidad con que los seres humanos son capaces de reducir lo socialmente vulnerable a ‘no-personas’ y asumen la licencia, o incluso la obligación, de matarles” (1994:19), guerras silenciosas que están operando en el tránsito pero también en los contextos de violencia general de los países centroamericanos que cada vez más acercan la experiencia migratoria a un fenómeno forzado y no exclusivamente económico.

Documentar estas experiencias y descifrarlas desde la lente de las lógicas sistémicas responsables del desorden y violencia social, o, en mi opinión, lógicas de orden del

mundo neoliberal globalizado que generan vidas precarias, es una vía que Veena Das sugiere para develar la complicidad entre transnacionales, burocracia corrupta, nacionalismos agresivos y lógicas patriarcales en su relación directa con los sufrientes. Incorporar su perspectiva en los estudios sociales es una herramienta fundamental pues los modos en que padecen, negocian, resisten y reconstruyen relaciones permeadas por las violencias y obtienen reductos de dignidad (1997: 207), o en palabras de Ortega, la *instancia irreductible de la agencia humana*, permiten examinar los dispositivos en que se unen los grandes procesos globales de dominación con las acciones cotidianas situadas entre relaciones asimétricas de poder que reconfiguran las estructuras de dominio (2008: 22).

Por ello las reflexiones aquí vertidas están sustentadas en la observación participante y las narrativas de las personas que conocí en los tres albergues para migrantes, tomando en cuenta que los relatos “funcionan como un lugar de la memoria en la medida en que es allí donde tienen nacimiento los acontecimientos, pues para que aparezcan y tengan sentido deben ser narrados, contados, nombrados, para después ser fijados, fechados, acuñados o materializados en la memoria de la sociedad (...) (Blair, 2002b: 25). Reconocer el daño infringido en la escena pública es una forma también de contribuir al no olvido.

CONCLUSIONES

Los pensamientos, afectos, percepciones y sentido de conciencia histórica que caracterizan la experiencia subjetiva del viaje de tránsito clandestino en contextos de múltiples violencias son tan ambiguos y contradictorios como los espacios relacionales en los que se conforman. Por un lado, la contextualización social del tránsito clandestino esta entretejida por la violencia, la ley y la ausencia de ley; por otro lado, sentimientos y acciones contradictorios emergen en todo momento de manera

inesperada e intempestiva: dolor y alegría, rencor y empatía, sueños y rupturas, dominio y subversión, todo ello enmarcado en una experiencia que al ser de carácter liminal es ambigua y opuesta en referencia a los términos habituales de la ley,

Las múltiples violencias que se producen y reproducen en las rutas de tránsito resultan turbias o grises porque provienen de una mezcla de actores donde todo estereotipo es cuestionable, no hay una sistematicidad única en el actuar, policías que cumplen la ley, mientras otros extorsionan, traficantes que secuestran y liberan a sus víctimas sin paga alguna o a la inversa, se deshacen de los cuerpos aunque hayan cobrado por un rescate, coyotes reconocidos por la comunidad hoy se vinculan con narcotraficantes, narcotraficantes que toman las rutas y ejercen violencia extrema contra algunos mientras que muestran compasión con otros, compatriotas que comparten dinero y comida, y otros que se reencuentran en el camino habiéndose incorporado al sicariato.

Los efectos de estas violencias se escriben en la memoria colectiva y se inscriben en el cuerpo por ser el blanco perfecto de la reorganización social y orden poblacional que opera a través del miedo y la muerte misma, una forma de dominar poblaciones mediante la biopolítica del poder, un control y disciplina del cuerpo en que los grandes procesos políticos entran en los intersticios de la vida microsocial para administrarla buscando el sometimiento de los imperfectos, vidas precarias, no dignas de ser lloradas según la propuesta de Butler (2010:54) o el excedente humano o infraclase de los marginados de que habla Bauman (2008:17).

Las condiciones de vidas no dignas de ser vivibles, trascienden las fronteras y forman un continuum de violencias. La particularidad que habría para los “no nacionales” que migran por México en situación irregular es que, los derechos de ciudadanía que en sus países están reconocidos mínimamente en el plano escrito de la norma, en el país ajeno se diluyen por completo pues la ley, les visibiliza mediante un doble mecanismo de

reconocimiento que es ambiguo: un Otro que de acuerdo a las leyes cumple los requisitos para ser expulsado del territorio y un Otro que será protegido en el cumplimiento de la voluntad mexicana de seguir la tradición del Derecho Internacional Humanitario a través de mecanismos que en la práctica son inexistentes.

Este reconocimiento diferencial, que se sustenta en normatividades sobre el acceso y no acceso a derechos, conlleva a las personas a una condición particular, la “invisibilidad”, terreno fértil para las disputas por el capital material y simbólico. Las personas actúan simultáneamente al margen y dentro de estructuras violentas, se rigen por normas y valores morales contradictorios, son receptores de violencias globales y reproductores de violencias simbólicas y cotidianas; por otro lado, la violencia pone en cuestionamiento el sentido de la vida. Vivir requiere estrategias en las que la moralidad adquiere diferentes matices. Aquellos que es correcto e incorrecto se mezcla y, en el contexto del viaje de tránsito clandestino, se atenúa a los ojos de sus actores cuando lo que esta de por medio es la sobrevivencia misma. Las subjetividades se fragmentan entre las experiencias de violencia extrema, riesgo y muerte pero también se reorganizan mediante actos de reivindicación que se forman en los pequeños márgenes de autonomía personal y toman forma para sortear dichas violencias y sobrevivirlas.

Trabajan y juntan recursos para vestir como turistas y evitar los controles de la migra, hacen música de protesta y piden circularla en las redes sociales, participan en actividades en los barrios donde se encuentran los albergues para deconstruir la imagen de criminales que se les ha adscrito, cuestionan a los cambistas de pesos mexicanos ante posibles abusos y ponen en alerta a otros grupos migrantes para no caer en los abusos, organizan caravanas para dejar de ser los invisibles y colocar en el discurso público los abusos que día con día sortean en las rutas migratorias.

¹NOTAS

León, M. (2012). *Pasan por México cada año 400 mil migrantes*. El Universal. 8 de Julio de 2012. <http://www.eluniversal.com.mx/notas/852374.html>

² Pronunciamiento de la CIDH tras una audiencia el 23 de marzo de 2010. Nota completa en semanario Proceso <http://www.proceso.com.mx/?p=109053>

³ Organización criminal formada por exmilitares de elite que se dedica al tráfico de drogas, personas, extorsión y secuestro. Los Zetas y el Cartel de Sinaloa son las dos organizaciones de mayor poderío en el país pues controlan el 80% del mercado ilegal. BBC Mundo en *El nuevo mapa del narcotráfico en México*. 10/10/2012. Disponible en: http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2012/10/121010_mexico_mapa_guerra_narco_carteles_jp.shtml

⁴ Basta buscar en *Google* el término de “La Bestia” para que se desplieguen alrededor 330 notas distintas entre 2011 y 2013. Los calificativos que agrupan estas notas son alusivos a la muerte y el mal. Algunos ejemplos son: *tren de la muerte, tren infame con precios de lujo, tren de la ruta del infierno, tren que devora inmigrantes, tren mutila-sueños, jinetes de la bestia*. Sobre la figura de la bestia se ha construido una representación de violencia extrema sobre los migrantes que en realidad no tiene un rostro, la bestia es el gran monstruo que metaforiza la destrucción y exterminio de los caminos de paso pero que no finca responsabilidades en los verdaderos ejecutores de las violencias, los de carne y hueso que actúan por participación u omisión en dichos entramados de violencia.

⁵ Aunque no es exclusiva de este, existen personas que pueden lograr su objetivo de llegar al país destino pero al no tener acceso a opciones jurídicas de reconocimiento de derechos, vivir en estado de *liminalidad* recurrente.

⁶ Para una descripción extensa ver la revisión que hacen Francisco Ferrándiz y Carlos Feixa en “Una mirada antropológica sobre las violencias”, *Alteridades*, enero-julio, año/vol 14 num. 27. En: <http://digital.csic.es/bitstream/10261/12998/1/74702710.pdf>

⁷ Se puede encontrar un análisis sobre el surgimiento de estas violencias llamadas “emergentes” y su vinculo con las políticas de seguridad nacional en México en García y Márquez (2013). *México: violencia e inseguridad, hacia una estrategia de desarrollo y seguridad humana. Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. Núm. Especial. América Latina (2013). Pp. 381-409

⁸ El concepto de violencias extremas propuesto por Nahoum-Grappe para describir la guerra en la ex Yugoslavia puede revisarse extendido y contextualizado a los conflictos latinoamericanos, en particular al caso colombiano en Blair (2010). La política punitiva del cuerpo: “economía del castigo” o mecánica del sufrimiento en Colombia. *Estudios Políticos*. No.36, enero-junio, Pp. 39-66.

BIBLIOGRAFIA

Blair, Elsa, 2002a. La complacencia en el exceso. *JOVENes, Revista de Estudios sobre Juventud* (16), pp. 58-76.

- Blair, Elsa 2002b. Memoria y Narrativa: La puesta del dolor en la escena pública. En: *Estudios Políticos* (21), pp.9-28.
- Bourdieu, Pierre, 1982. Les rites comme actes d'institution. Edición en español: Los ritos como actos de institución. En: J. Pitt-Rivers y J. G. Peristiany (Eds.): *Honor y gracia*, Madrid, Alianza Universidad, 1993, pp. 111-123
- Bourgois, Phillippe, 2005. Mas allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador. En: F. Fernández y C. Feixa (Eds.). *Jóvenes sin tregua: culturas y políticas de la violencia*. Barcelona: Anthropos
- Das Veena, 1997. The Violence of Everyday Life: Violence, Poisonous Knowledge and Subjectivity. En: Veena Das, Arthur Kleinman, Mamphela Ramphele and Pamela Reynolds (Eds.). *Violence and Subjectivity*, 2000. Berkeley. University of California Press.
- Das Veena y Poole Deborah, 2008. "El Estado y sus márgenes. Etnografías comparadas". Cuadernos de Antropología Social, núm.. 27.pp 19-52. Buenos Aires.
- Molina, Pedro, 1997. Ritos de paso y sociedad: reproducción, diferenciación y legitimación social. En: Checa, F. y Molina P. (Eds). *La función simbólica de los ritos. Rituales y simbolismo en el Mediterráneo*. Barcelona, Icaria.
- Scheper-Hudges, Nancy y Bourgois, Phillippe, 1994. *Violence in War and Peace. An Anthology*. USA, Blackwell Publishing.
- Segalen, Martine, 1998. Ritos y rituales contemporáneos. Madrid, Alianza Editorial.
- Taussig, Michael, 1984. "Culture of Terror, Space of Death. Roger Casement's Putumayo Report and the Explanation of Torture." *Comparative Studies in Society and History* 26(3): 467-497.
- Turner, Victor 1974. Dramas Sociales y metáforas rituales. En: *Antropología del Ritual*. Geist, Ingrid (Comp.). México, INAH-ENAH, 2002.
- Turner, Victor, 1986. *The Anthropology of Experience*. Chicago, University of Illinois Press.
- Van Gennep, Arnold, 1909. Les rites de passage. Edición en español: Los ritos de paso, Madrid, Taurus, 1986.